



que tú, tú al menos puesto que eres a quien asiste - siempre al menos así lo has proclamado - el don maravilloso de la fe, tanto al padecer esperas.

Pero, ¿cual es tu fe, en realidad?, ¿dónde reside?, ¿de qué se alimenta o a qué expectativas de redención nutre? ...!No!, tu fe ni da ni toma, tu fe es tan profundamente holgona que se contenta con aguardar acasos y tan cínica que te engatusa haciéndote creer que estas libre de responsabilidades.

Te sirve...y eso, mira, es algo que te envidio, ¿no te alegra?, no podrás ya decir que sólo Nelo es objeto de mi fascinación...para no tener miedo en tanto yo no puedo negar que siento no poca desazón, desazón hija sin duda de la deconfianza en mis propios criterios, de mi inseguridad a la hora de aquilatar si mis actos...y no sólo mis actos, no únicamente la ejecución de acciones enjuiciables como buenas o malas, que, por otra parte, pienso sin traicionar mi probidad que han sido en todo momento regidas por un estricto sentido de la pulcritud...no sólo mis actos sino también mis móviles - y eso es lo que mayormente me preocupa... - ¿podrías ser tan amable de dejar de arrojar esos pequeños guijarros?, me desconcentra a cada instante el sonido que produce su impacto sobre la superficie y mis nervios no están hoy muy templados...; me preocupa esa verdad recóndita que anida en lo más profundo del ser y que determina, más allá de la apreciación que los sentidos son capaces de alcanzar para evaluar lo que les es nada más congoscible por medio de los resultados que se puedan calificar de beneficiosos o perversos, la calidad esencial de los actos humanos.

Tú no has sufrido jamás ese tormento. Siendo, como fuiste siempre, tan sagaz para asir el detalle más ignoto de cualquier minucia tangible o audible o visible... "¿seda?, pero no pura", tórciendo un poco el gesto y, en efecto, en la etiqueta lo ponía (15% rayón) o aquella vez que Nemertes, en un alarde de sus exiguas artes culinarias, elaboró su plato estrella y, tú, "te has pasado, muy poco desde luego, en el cilantro"...careciste de la sutileza imprescindible para darte cuenta de que la generosidad más ensalzable o el desafuero más escandaloso pueden venir a quedar desvirtuados si la primera está regida por la persecución de una brizna de gloria o el segundo por la misericordia del ápice de bondad